

19.º domingo ordinario B



Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. (Ef 4,32)

Primera lectura

1 Reyes 19,4-8

En aquellos días, Elías llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado. Continuó él por el desierto una jornada de camino, y al final se sentó bajo una retama, y se deseó la muerte diciendo: – Basta ya, Señor; quítame la vida, pues yo no valgo más que mis padres.

Se echó debajo de la retama y se quedó dormido. De pronto un ángel le tocó y le dijo: – Levántate, come.

Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido en las brasas y una jarra de agua. Comió, bebió y volvió a echarse. Pero el ángel del Señor le tocó por segunda vez diciendo:

– Levántate, come, que el camino es superior a tus fuerzas.

Se levantó Elías, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Segunda lectura

Efesios 4,30 – 5,2

Hermanos y hermanas: No pongáis triste al Espíritu Santo. Dios os ha marcado con él para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor.

Evangelio

Juan 6,41-52

En aquel tiempo criticaban los judíos a Jesús porque había dicho "yo soy el pan bajado del cielo", y decían: – ¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?

Jesús tomó la palabra y les dijo: – No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas:

"Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; éste es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Meditación

Yo soy el pan que ha bajado del cielo. Sencillamente absurdo. El auditorio sabía muy bien quién era Jesús. O, más bien, creían saberlo. Jesús es el hijo de José, cuyos padres conocemos. ¿Cómo se presenta diciendo que ha bajado del cielo?

La murmuración era natural. Y sirve para introducirnos otra vez en el ambiente del Antiguo Testamento: la murmuración del antiguo pueblo de Dios. También volverá a aparecer el tema del maná. El evangelista no pierde ninguna oportunidad para establecer la conexión entre la multiplicación de los panes y el discurso sobre el pan de la vida.

La cuestión del origen de Jesús aparece frecuentemente como motivo de incompreensión. ¿Cómo puede conciliarse la afirmación de que es el Hijo del hombre con su origen humano, o este origen humano con la afirmación de ser el pan que ha bajado del cielo?

Jesús nunca responde a la cuestión de su origen quedándose al nivel puramente humano. La respuesta a la objeción sobre su pretensión absurda, la tenemos en los vv. 44-46: él es el enviado y el revelador del Padre, está en Dios, de allí ha bajado como pan de vida para el hombre.

De todos modos, conciliar el origen humano con el verdadero origen de Jesús sólo puede lograrse mediante el don de la fe, que Dios regala. Nadie puede ir a El si no fuere "traído" por el Padre. La frase suena a determinismo fatalista. Es preciso, para evitarlo, tener en cuenta el "modo" como Dios "trae" al hombre. No lo trae por la fuerza, sino por la invitación a la decisión ante su manifestación en la Escritura. Jesús se halla testimoniado en la Escritura. Es decir, que se halla abierto para todos el camino para ser traídos por el Padre a Jesús. En este sentido llegaron a Jesús todos los que leen rectamente la Escritura, los que escuchan al Padre, los que son adoctrinados por Dios.

Los judíos, sin embargo, murmuraban. La murmuración es el índice más claro de no querer creer. Sólo cuando existe una verdadera apertura al movimiento de Dios, cuando se cesa de murmurar, puede tener lugar la "tracción" que Dios hace del hombre hacia Jesús.

El evangelista, al recoger así estas palabras de Jesús, que cita a Isaías, pretende afirmar que estamos en ese tiempo que el profeta había anunciado. La enseñanza – serán enseñados por Dios – tiene un doble aspecto: uno externo, que se halla personificado en Jesús, que está en medio de ellos, y otro interno, Dios actuando en el corazón.

La recepción de la vida ya no se vincula ahora a venir a Jesús y creer en él. Es necesario comer el pan. Esto es así porque solamente él realiza plenamente la idea, y la realidad implicada en ella, del pan de Dios, que ha bajado del cielo. El evita la muerte e no pudo hacer el maná. El y solamente él – no el maná de Moisés – es el pan vivo, y tiene la virtualidad de comunicar la vida eterna.

Por primera vez aparece en esta sección el verbo "comer". Va a introducirse algo nuevo. Las alusiones a la eucaristía estén presentes. En realidad, el comer el pan puede entenderse de la comida espiritual por parte de aquél que se llega a Jesús y cree en él. Mediante esta "comida espiritual" puede asimilarse la plenitud de vida de Jesús, que garantiza y anticipa ya la posesión de la vida eterna.